

Müller, Gesine, y Dunia Gras Miravet, eds. *América Latina y la literatura mundial: mercado editorial, redes globales y la invención de un continente*. Madrid: Iberoamericana/Vervuert, 2015. 374 pp.

Basada en las actas de un simposio homónimo que tomó lugar en la Universidad de Colonia en 2014, este libro presenta una visión europea, principalmente alemana, sobre la relación entre la literaturas latinoamericana y la mundial. En gran parte, el interés del volumen radica precisamente en presentar una perspectiva diferente a las posiciones propuestas por académicos norteamericanos o franceses que han dominado los debates sobre la literatura mundial. Y de hecho llama la atención la variedad y el número de los colaboradores, entre quienes se encuentran el novelista peruano Santiago Roncagliolo, el teórico alemán Ottmar Ette, el traductor inglés Nick Caistor, y la editora alemana Michi Strausfeld. Sin embargo, como es frecuentemente el caso en volúmenes como éste, los artículos son de variada calidad.

El libro empieza con una sección compuesta por la introducción, escrita por los editores, que propone la oposición entre los conceptos de la literatura mundial y las literaturas del mundo como marco teórico de lectura; y por el ensayo “La lectura transatlántica”, de Julio Ortega, el editor de la serie “Nuevos Hispanismos” que incluye el volumen. En este texto, Ortega celebra el dialogismo transnacional de la literatura latinoamericana (representada por las novelas de José María Arguedas, Juan Rulfo y Gabriel García Márquez).

Los demás trabajos, en su mayoría estudios de caso, están agrupados en cinco secciones. La primera, “Literatura mundial o literaturas del mundo”, es supuestamente la más teórica. Incluye una revisión, por parte de Vittoria Borsò, de la obra de Sor Juana Inés de la Cruz vista como “la musa de una ‘literatura de los mundos’” (51); un análisis de la presencia latinoamericana en las antologías literarias norteamericanas desde una perspectiva marcada por los debates anglo-norteamericanos sobre la literatura mundial escrito por Theo D’Haen; un estudio del “encantamiento” del mundo hallado en las novelas de Junot Díaz y Roberto Bolaño por Mads Rosendahl Thomsen; y una reflexión, a partir de la dicotomía que da título a la sección, sobre la presencia de las letras latinoamericanas en la editorial alemana Surkhamp por Müller. Cabe señalar que los artículos de D’Haen y Thomsen están escritos en inglés, algo llamativo dado que los libros de Vervuert circulan principalmente en mercados hispano-parlantes.

La temática de la segunda sección, “Procesos de circulación latinoamericanas: Europa”, ya había sido anticipada por el ensayo de Müller. Maarten Steinmeijer estudia la recepción de las literaturas latinoamericanas en Holanda y Karim Benmiloud en Francia. Sara Carini, en uno de los estudios más valiosos del libro, analiza los procesos de traducción y recepción en Italia de *El mundo es ancho y ajeno*, la novela de Ciro Alegría, un autor injustamente ninguneado durante el Boom. Caistor revisa las traducciones al inglés. Finalmente, Roncagliolo provee una lectura política de los premios Nobel latinoamericanos mostrando cómo los motivos dados para su otorgación reflejan los consensos políticos de occidente, desde el universalismo humanista con el que se recibió a Gabriela Mistral, pasando por el nacionalismo revolucionario (Asturias, Neruda y García Márquez), hasta “hoy en día” (Paz, Vargas Llosa) cuando “los términos ‘capitalismo’ y ‘democracia’ van juntos” (175).

La tercera sección, “Procesos de circulación de las literaturas latinoamericanas en la red transatlántica”, incluye el ensayo de Strausfield sobre la crónica (el género periodístico, no el histórico, aunque ella parece confundirlos); por su lado, Gras provee una lúcida mirada sobre el papel jugado por Carlos Fuentes en la gestión y promoción del Boom; Katharina Einert estudia las construcciones de lo latinoamericano durante la feria alemana del libro de 1976; y concluye con una entrevista de parte de Benjamin Loy al novelista cubano José Manuel Prieto. Cabe señalar que los dos primeros ensayos hubieran encajado muy bien en las segunda sección del libro.

La sección “Procesos de circulación de literaturas latinoamericanas: América Latina en la red global (1990-2014)” empieza con el ensayo de Vibha Maurya que analiza la presencia de Pablo Neruda y García Márquez en la cultura de la India; continúa con un trabajo que parecería estar fuera de lugar, el intento de Heike Scharm de definir a la globalización y a la literatura mundial; sigue con un artículo de Loy, que a partir de una lectura del libro de Wilfrido Corral, *Bolaño traducido: nueva literatura mundial*, y del cuento de Bolaño “El viaje de Álvaro Rousellot”, estudia la visión que el chileno tenía sobre este tema; Alexandra Ortiz Wallner complementa el ensayo de Maurya al analizar la presencia de Bolaño en la India actual; finalmente, en otro estudio que está fuera de lugar, Marco Thomas Bosshard analiza la presencia de la literatura argentina en los catálogos de novedades de las editoriales alemanas en 2010.

El libro concluye con la sección “Perspectivas”, constituida por un importante ensayo de Ette, quien, a partir de la lectura de Auerbach, Fernando Ortiz y Lezama Lima, desarrolla su concepto de literaturas del mundo como caracterizada por “la polisemia y la polifonía de los textos y contextos, espacios y sueños, ficciones y fricciones más diversos” (364). En contraposición, el concepto de literatura mundial es descrito por Ette como caracterizado la “predominancia de una única lógica” (353).

No cabe duda que el concepto de literaturas del mundo propuesto por Ette plantea una corrección necesaria al euro/anglo-centrismo de las visiones de estudiosos como Pascale Casanova o David Damrosch. Sin embargo, la manera en que este concepto pudiera ser aplicado más allá del mundo académico está lejos de ser explorado. Y en uno de los pocos momentos en que se ve la aplicación práctica de la noción de “las literaturas del mundo”, Müller parece terminar privilegiando a “los autores nómadas, sin arraigo” sobre los que escriben en Latinoamérica (85). Esta propuesta puede, por ejemplo, justificar que las editoriales reemplacen a autores latinoamericanos por autores anglófonos de origen latinoamericano. Éstos, de hecho, conocen el mercado local mejor que aquellos que escriben en otros ámbitos nacionales o regionales y además, significan un ahorro al no requerir traducción.

Otro problema que encuentro en el volumen es la escasa referencia a críticos latinoamericanos. Con las importantes excepciones de Ette, quien menciona a Ortiz y Lezama, y de Loy quien se refiere a Corral y Borges, los diversos planteamientos teóricos latinoamericanos, entre los cuales se puede mencionar a Oswald de Andrade, Ángel Rama y Antonio Cornejo Polar, etc., sobre temas vinculados al de la relación entre las literaturas locales, nacionales o regionales y la literatura mundial

no son tomados en cuenta. Ortega menciona a Mariátegui en su lectura de Arguedas, pero no lo hace desde esta perspectiva. De esa manera, el volumen continúa la división intelectual en la cual Latinoamérica provee la materia prima literaria y Europa (o Norteamérica) la teoría. Además hay algunos defectos que debieron ser corregidos por los editores. Por ejemplo, Thomsen, cometiendo un error común en inglés, se refiere a Llosa en lugar de usar el apellido completo (70); Caistor atribuye *Journeys Through the Labyrinth* a John King (165), cuando fue escrito por Gerald Martin; Benmiloud presenta a Oscar Lewis como escritor latinoamericano (133); etc.

A pesar de esto, la variedad de los temas tratados y el hecho de representar perspectivas alternativas a los debates centrados en las obras de Casanova, Damrosch o Franco Moretti, hacen que esta antología sea de interés para todo académico interesado en la recepción europea (o en la India) de las literaturas latinoamericanas y en las teorizaciones sobre las relaciones entre las literaturas latinoamericanas y mundiales.

Juan E. De Castro

Eugene Lang College,
The New School for Liberal Arts

Pareja, Roberto. *Entre caudillos y multitudes. Modernidad estética y esfera pública en Bolivia, siglos XIX y XX.* Madrid: Iberoamericana-Vervuert, 2014. 186 pp.

En este libro, Roberto Pareja propone una genealogía de discursos, instituciones y prácticas que construyeron la imagen de las élites liberales en Bolivia, en contraposición a la figura de los caudillos bárbaros, irracionales y violentos, que dominaron la vida política de esta nación durante el siglo XIX, y que siguieron influyendo en la economía del poder durante el siglo XX. El estudio de Pareja es original por doble motivo: primero, porque contiene una mirada novedosa del intelectual liberal como “hombre representativo” del siglo XIX y de la primera mitad del siglo XX. Al reunir novela y poesía relativamente poco estudiadas, con conocidos ensayos sociológicos, y con documentos socioeconómicos que revelan interesantes facetas del pensamiento liberal, el libro es también original porque conflictúa la tradicional concepción anglosajona de la esfera pública como un espacio neutro, de debate racional-comunicativo, que suspende no solo las diferencias socioeconómicas, sino también las raciales, las de género y sexo.

Influenciado por el pensamiento de Foucault, Pareja forja al hombre representativo del liberalismo boliviano a través de las “tecnologías del yo”, es decir, mediante estilos de existencia que lo aíslan de la sociedad, permitiéndole autogobernándose como “buen padre de familia”. El libro, que se centra en las micropolíticas gestoras de estos hombres representativos, no olvida, sin embargo, relacionarlas con las macropolíticas del Estado. De este modo, gracias al control de las pasiones y a la sobriedad de sus costumbres, los importantes liberales que el libro estudia lograron,